

de Juan Montalvo

Atravesaba yo los Alpes en una noche tempestuosa, y me acogí a un tambo o posada del camino: silbaba el viento, lurtres inmensos rodaban al abismo, produciendo un ruido funesto en la oscuridad; y en medio de esta naturaleza amenazadora, reunidos los pasajeros, el dueño de casa refirió lo que sigue:

“No ha mucho tiempo llegó aquí un desconocido con el más extraño y pavoroso semblante: mis hijos le temieron al verle, y me rogaron no recibirle en casa. ¿Qué secreto enlóbreguecía a ese hombre?, ¿qué horrible crimen pesaba sobre él? No sé. Le designé un cuarto, no muy firme de ánimo yo mismo, suplicándole se recogiese en él, atento que era tarde, si bien a ello me inducía el deseo de librarme de tal huésped. Húbose apenas retirado, cuando los hombres armados se presentaron en el mesón, inquiriendo por un malandrín, cuyas señas dieron: eran dos gendarmes que le seguían la pista.

Mas cualquiera que fuese su calidad, nunca habría yo faltado a las costumbres hospitalarias que aprendí de mis padres, quienes me enseñaron a socorrer aun a los criminales, cuando se viesen perseguidos. Dije, pues, a los alguaciles que no habíamos visto a ninguna persona de tal gesto, como nos la describían. No me lo creyeron, sabuesos de fino olfato como eran, y en derechura se dirigieron al aposento de aquel hombre.

Placióme el verlos entrar allí, pues, al no intervenir denuncia de mi parte, nada deseaba yo más que verme desocupado de semejante amigo.

Mas cuáles no fueron mi sorpresa y mi disgusto cuando vi salir a los gendarme exclamando: Ah, don tambero, ¿en dónde le ha ocultado usted?

Escaparse no pudo el fugitivo; vile entrar en su cuarto que no tiene salida si no es la puerta, de la cual no había apartado yo los ojos. ¿Qué ente extraordinario era ése?

Amenazáronme los ministriles con volver dentro de poco, provistos de mejores órdenes y no dejé de conturbarme. Aún no bien habían salido al camino, cuando oímos un horroroso estrépito en tugurio del huésped misterioso; vile en seguido aparecer en dintel de su puerta, salir precipitado, y venir a caer a mis pies echando espuma por la boca, todo desarrapado y contorcido. Los gendarmes volvieron, le prendieron, le amarraron, y en voladas le llevaron, a pesar de la profunda oscuridad y de la lluvia que caía a torrentes.

Al otro día supe en el pueblo vecino que ese hombre perturbaba todos los alrededores hacía algunos meses: oculto de día, rondaba de noche. Decíase de él cosas muy inverosímiles, y muy de temer, si verdaderas; pero su único crimen conocido y probado era la muerte de su esposa.

Su querida, por cuyo amor había obrado esa acción abominable, se volvió por su influencia personaje tan raro y peligroso como él: temíanle los niños sin motivo, las mujeres evitaban su encuentro, y cuando la veían mal grado suyo, menudeaban las creces en el pecho. Y aún dicen que sobrepujó a su amante en las negras acciones, metiéndose tan adentro en el comercio de los espíritus malignos que le fue funesta a él mismo.

Un día citó a su hombre a un caserón botado, tristes ruinas por las cuales nadie se atrevía a pasar de noche; era fama que un fantasma se había apoderado de ellas, y que en

el las horas de silencio acudía allá una legión de brujas y demonios a consumir los más pavorosos misterios, en medio de carcajadas, aullidos y lamentos capaces de traer el cielo abajo.

Suenan las doce, viene el amante: llama a la puerta, llama... Nada; responde sólo el eco. ¿Duerme la bella?. ¿faltó a la cita? Un leve aleteo se deja oír sobre un viejo sauce del camino; luego un suspiro largo y profundo: luego estas palabras en quejumbroso acento: “¡Mucho has tardado, amigo mío!” Y como al volverse nada vio el desconocido, con voz siniestra prorrumpió: ¡Casta maldita!, en vano procuras engañarme: acuérdate que la fosa humea todavía, y que... Ah, tú me la pagarás. ¿Qué tienes, Gaspar?, dijo su querida, arrojándose de súbito en sus brazos; ¿de qué te quejas? ... ¡Duro, duro!, estréchame contra tu corazón. Y como el diablo de hombre fuese acometido por un arranque de amor irresistible, abrazóla como para matarla: ¡Angélica!, exclamaba, ¡Angélica de mi alma!, las estrellas no son sino asquerosos insectos que roen la bóveda celeste. Mas luego echó de ver que apretaba en vano, que a nadie tenía entre sus brazos. Horrorizado él mismo, huyóse dando un grito espantoso en las tinieblas.

Al otro día un hombre del campo vino a quejarse al teniente del pueblo de que su hijita había desaparecido impensadamente de la casa. Dijo el triste, con lágrimas que a lo largo rodaban or su rostro, que abrigaba sospechas vehementes contra un tal Gaspar Blondín, hombre de tenebrosas costumbres, que ocultaba su vida envuelto en el misterio. Habíasele visto la tarde anterior rondando por los alrededores de la casa, y aun entró en ella sin objeto conocido; y como la niña jugaba en el patio, acaricióla, y dirigiéndose a su padre le dijo: Bella niña, bella niña, mi querido Cornifiche; ¿la vende usted? Los perros se lanzaron sobre él, y desapareció por la quebrada.

Pasó la noche, amaneció Dios, y la cama de la muchacha se encontró vacía. Blondín no apareció en ninguna parte, a pesar de que todos los parientes y amigos del campesino echaron a buscarle. El pobre paisano lloraba tanto más cuanto que, decía, en su vida se había llamado Cornifiche.

La tarde del mismo día que tuvo lugar esta demanda, Blondín acudió a buscar a su querida en los escombros conocidos: “¡Todo se ha perdido!, exclamó ésta así como le vio: el monstruo ha dado a luz a tres ángeles. ¡Mira, Gaspar!, en vano, en vano te amo... Pero has hecho bien en traerme a mi chiquilla. ¡Aurelia na, Aureliana!, decía rompiendo la cara a besos a la niña que Blondín acababa de prestarle; el gato maúlla, el mono grita, la olla hierve... ¡Ven, ven, Gaspar!, añadió y arrastró a su amante al interior de un cuarto hundido y sin culata, en donde largo tiempo había que murciélagos tenían sus hogares.

Blondín encontró la cama fría como nieve: guardaba silencio su querida, y a la luz de un mechero que alumbraba la estancia turbiamente, echó de ver que lo que tenía en sus brazos era el cadáver sangriento de su esposa. Volvió a correr horrorizado, y desde entonces ni más se ha vuelto a ver al tal Blondín” .

-¿Cómo le hubieran visto?, dijo a esta sazón uno de los oyentes, el cual, habiendo entrado mientras al tambero recitaba su tragedia, se dejó estar a la sombra en un rincón del comedor; ¿cómo le hubieran visto?; le ahorcaron en Turín hace dos meses.

-¡Yo lo sé muy bien!, repuso el tambero medio enojado. *Capo di Dio!*, ¿por qué no me deja usted concluir la relación de mi historia? Huéspedes hay muy indiscretos.

-No tenga usted cuidado, señor alojero, replicó el desconocido; va usted a concluir la en términos mejores.

Y levantándose de su rincón se acercó a nosotros, al mismo tiempo que se alzaba su gran sombrero auberniano de ancha ala. Miróle el tambero con ojos azorados, palideció, y gritó cayendo para atrás: ¡Blondín!... él es.

París, agosto 6 de 1858.

* De El Cosmopolita, seg. ed. (Quito: "El Siglo", 1894), pp. 399-402.